

PRESENTACIÓN DE LIBROS

'ABD AL-MALIK B. HABIB, *Kitab Waṣf al-Firdaws (La Descripción del Paraíso)*. Introd., traducción y estudio por Juan Pedro Monferrer Sala. Prólogo de C. Castillo Castillo. Granada: Universidad-Depto. de Estudios Semíticos (Grupo de Invest. *Ciudades Andaluzas bajo el Islam*, colección *Al-Mudun*, núm. 2) 1997, 304 págs.

Esta obra de 'Abd al-Malik b. Ḥabīb, prolífico autor conocido hasta ahora por sus libros *al-Ta'riḥ* y *al-Wādī'a*, y cuya vida se sitúa a caballo entre los siglos II/VIII y III/IX, constituye una de las escasas muestras con que hoy contamos sobre "literatura escatológica" islámica en su producción andalusí, siendo, además, la más antigua de entre todas las conservadas. En efecto, aparte de algunos tratados del místico murciano Muḥyī l-Dīn ibn al-'Arabī (que en su día estudió el maestro Asín Palacios), conocemos la existencia de una escasa muestra de obras andalusíes editadas, o en fase de edición, que participan de un contenido escatológico general o que abordan aspectos puntuales sobre la vida ultraterrena reservada a los fieles del Islam, como es el caso de *al-Sunan al-warida* de al-Danī (s. V/XI) —de carácter apocalíptico—, *Marātib al-yazā' yawm al-qiyāma* del célebre al-Humaydī (s. V/XI), varios tratados atribuidos al cadí sevillano Abū Bakr b. al-'Arabī (s. VI/XII), *al-Āqiba fī awāl al-ājira* del sevillano Ibn al-Jarrāṭ (s. VI/XII), la célebre *Tadkīra* de al-Qurṭubī (s. VII/XIII) —una de las que mayor éxito obtuvieron fuera de las fronteras de al-Andalus— o, por último, *al-Zamīn wa-l-makān* del biógrafo y literato Ibn al-Zubayr (s. VIII/XIV), además de esta *Descripción del Paraíso* que recoge Ibn Ḥabīb. En definitiva, se trata de una exigua y a la vez diversificada muestra de obras sobre Escatología escritas en al-Andalus.

Del *Kitāb waṣf al-firdaws* ya existía una edición, publicada con escasos recursos críticos en el año 1987 por la Dar al-kutub al-'ilmiyya de Beirut a partir del manuscrito de la Biblioteca de al-Azhar de El Cairo. Por su parte, la edición que Juan P. Monferrer presentó en 1996 como eje de su Tesis Doctoral se basa en el texto de Beirut, ante la imposibilidad de acceder al manuscrito original —yo mismo fui copartícipe de alguno de los vanos intentos por conseguir una copia—, pero revisando y corrigiendo esta edición con acierto indudable, como después se plasmaría en la impecable traducción anotada que se nos ofrece en este libro.

El *Kitāb waṣf al-firdaws* ("Libro de la descripción del Paraíso") de Ibn Ḥabīb, se inscribe en el ámbito de la literatura escatológica musulmana redactada en árabe, pero al mismo tiempo utiliza los recursos de la denominada literatura de tradición o de ḥadīth. Este género se sustenta desde un punto de vista contextual en las abundantes y variopintas referencias y dichos (ḥadices)

que la tradición islámica atribuye a Mahoma, cuya estructura condiciona el *cursus* textual debido a la obligada división del hadiz en dos partes *a priori* inseparables, a saber: una cadena de transmisión o *isnād* (en la que se engarzan las secuencias cronológicas de los tradicionistas que avalan la noticia transmitida), seguida del *matn* o texto propiamente dicho. Esta estructura, que pudiera resultar un obstáculo en la discurso de la obra, por el freno que para el conjunto de los textos referidos supone la cadena de transmisión, es, en cambio, una manera habitual y aceptada –incluso recomendable por la tradición islámica– de expresar la fidelidad del dicho que se transmite, lo que no implica que el autor renuncie a dejar constancia de su propia labor exegética, como de hecho prueba Ibn Ḥabīb en su *Descripción*.

En efecto, Ibn Ḥabīb, lejos de preocuparse por entroncar con las corrientes del *early ḥadīṭ* a través de las fuentes de los grandes compiladores, parece sustentar sus referencias casi exclusivamente en las cadenas de transmisión, cuya fiabilidad es reiteradamente puesta en tela de juicio a lo largo de la obra, como señala el editor en la Introducción, manifestando al tiempo que una falta de sentido crítico en el autor –algunos de los fragmentos carecen, por demás, de su correspondiente *isnād*–, una escasa preocupación en comprobar la fiabilidad de las transmisiones, ignorando así los criterios admitidos e implantados por los grandes tradicionistas. Según esto, cabría concluirse que la *Descripción* de Ibn Ḥabīb es una obra que utiliza series de hadices sobre la vida ultraterrena, aunque ignora desde el punto de vista metodológico los recursos críticos del tradicionismo clásico.

Sin embargo, hay que señalar cómo Ibn Ḥabīb suple esta deficiencia técnica con recursos basados en los comentaristas, las alusiones coránicas o, sobre todo por lo que atañe a las tradiciones defectuosas, en sus propios conocimientos sobre el particular, ofreciendo toda una labor exegética personal que, como esfuerzo creativo, es sin duda el elemento de mayor originalidad que contiene la obra. La hermenéutica de Ibn Ḥabīb se expresa, a juicio de Monferrer, en tres niveles. Un primer nivel, definido como “exégesis pura”, comenta y aclara determinadas citas coránicas haciéndolas más comprensibles; por ejemplo, en el cap. 8, que trata de los ríos y las bebidas del Paraíso, a propósito de la frase «mezclado con agua de Tasnīm» (*Corán*, 83, 27), expone Ibn Ḥabīb lo siguiente: «Tasnīm es una fuente de agua, la mejor fuente de agua del Paraíso, mezclándose allí para los compañeros del juramento que forman la comunidad de los habitantes del paraíso. De ella beben los allegados, es decir, es pura, sin mezcla...». Un segundo nivel, al que Monferrer alude como “exégesis aplicada”, consiste en utilizar el texto coránico para clarificar un hadiz; así ocurre en el cap. 10, que trata de la alimentación de los habitantes del paraíso, en el que el texto del *Corán* (43, 71) sirve para arrojar

luz sobre este hadiz: «Uno de ellos pondrá sobre su mesa setenta mil fuentes de oro». Por último, la “exégesis filológica” expresa su preocupación por explicar palabras o conceptos oscuros, rehabilitando de esta manera la imagen como filólogo del propio Ibn Ḥabīb, a quien tradicionalmente se han atribuido escasos conocimientos en este terreno.

Entrando de lleno en el análisis que el traductor realiza sobre el contenido de los hadices, especialmente en lo que respecta a los tres capítulos finales, parece deducirse que esta *Descripción del paraíso* pudiera haberse redactado dentro de un ciclo de mayor envergadura, por demás frecuente en otras obras de tema escatológico, ciclo del que se habrían perdido al menos dos secuencias referidas a la Muerte y tránsito a la otra vida, y a la Resurrección, e incluso posiblemente una cuarta sobre los tormentos del Infierno, hipótesis de la que participa la autora del prólogo. Sea como fuere, la obra tal como se ha conservado consta de 39 capítulos, de desigual dimensión, que clasifican un total de 317 hadices por temas o secciones que a su vez ilustran al lector partiendo de la descripción física del Paraíso (arquitectura, topografía, zoología y botánica), cargada de efectos simbólicos y mitológicos, pasando por la vida de sus habitantes y la satisfacción de sus necesidades biológicas, hasta desembocar en la alusión al alma y los tormentos en la tumba.

La traducción anotada, eje central del libro (págs. 46-179), va precedida de una Introducción en la que el traductor comienza planteando un esbozo de la vida y la obra de Ibn Ḥabīb (págs. 14-25), donde se incluye los títulos de algunas obras suyas que habían pasado desapercibidas, pasando acto seguido a analizar el contenido y las fuentes del *Kitāb wasf al-firdaws* (págs. 26-45), situando la obra en el contexto de la literatura de tradición y los estudios sobre Islamología. Precisamente es la definición del espacio en que se enmarca el *Wasf* una de las partes que mayor atención han suscitado en nosotros, a la par que evidencian la capacidad y competencia de J.P. Monferrer para tratar el asunto que lleva entre manos. Exhaustivo, por demás, es el aparato crítico que acompaña a la traducción, que, en determinados casos, daría de sí para emprender futuros trabajos específicos, como en realidad ya ha sucedido (véase J.P. Monferrer, «Vocabulario técnico contenido en el *Kitāb wasf al-firdaws* de ‘Abd al-Malik b. Ḥabīb», en: C. Álvarez de Morales (ed.), *Ciencias de la Naturaleza en al-Andalus*, V, Granada, 1998, págs. 57-87).

Siguen a la traducción unos completísimos índices de inestimable utilidad (págs. 181-255), sobre todo aquéllos que afectan al origen islámico de los hadices (nombres de los tradicionistas, citas coránicas), así como otras referencias extraislámicas (citas y alusiones bíblicas, material apócrifo, qumránico y gnóstico, de obras rabínicas y Flavio Josefo) y un índice de tecnicismos, expresiones y voces transcritas, que en su conjunto denotan la

excelente preparación filológica del traductor, tanto en lo que se refiere al manejo del árabe clásico como de otras lenguas de su ámbito histórico y geográfico. Cierra la obra con las necesarias referencias bibliográficas (págs. 266-300), agrupadas en una sóla sección –tal vez hubiera sido útil discriminar las fuentes de los estudios– y precedidas de un índice de siglas y abreviaturas (págs. 256-65).

Trabajo, en suma, novedoso, completo y bien trazado en sí mismo y en el contexto en que se inscribe, al tiempo que realizado con gran esmero, tanto en su aspecto formal –son inapreciables las erratas, pese a la profusión de nombres transcritos–, como en el contenido –basado en una excelente traducción escrupulosamente anotada que tamiza el carácter repetitivo y árido del texto original–, y que, además, aporta una inapreciable fuente de información sobre el primitivo tradicionalismo islámico de referencia escatológica que, ya desde los siglos iniciales de la historia de al-Andalus, sin duda debió captar la atención de los intelectuales debido a su innegable valor gnómico-literario y cuya posible incidencia en la formación religiosa de las primeras generaciones de muladíes sería interesante revisar en el futuro.

RAFAEL PINILLA MELGUIZO

BRIZ GÓMEZ, A., *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmagramática*, Barcelona: Ariel Ariel Lingüística, 1998, 255 págs.

De principios de 1998 data este libro de Antonio Briz Gómez, apoyado en una extensa bibliografía y en una probada experiencia científica, pues anteriormente había publicado ya, como autor, coautor o editor, diversos artículos y varios libros con la misma temática; los más recientes de estos últimos son *El español coloquial: situación y uso* (1996) y *Pragmática y gramática del español hablado. El español coloquial* (1997). Era de esperar, en consecuencia, que *El español coloquial en la conversación* presentara resumido, quintaesenciado y sometido a selección crítica un conjunto muy amplio de puntos de vista y de investigaciones sobre este campo de estudio; de este objetivo se parte, al menos, al declarar en las primeras páginas que el propósito fundamental es ofrecer “un compendio sustancial de la materia, fácil de comprender y de manejar”. Pero a este interés inicial se suma otro de mayor importancia: aportar un conjunto de materiales pertenecientes al coloquio de cuyo análisis se sirve el autor para mostrar el funcionamiento del lenguaje oral. Éste, que es variado en sus manifestaciones y variable según las condiciones comunicativas, se conforma frecuentemente en un tipo de discurso especial que es la conversación. Y del análisis de los principios gramaticales que la gobiernan y que, a su vez, aparecen modulados por la interacción comunicativa surge la idea de presentar el libro como un *esbozo de pragmagramática*.

En la planificación general de la obra -se estructura en una presentación y en ocho capítulos de extensión variable, tras los cuales aparece ordenada la bibliografía que se ha ido citando en ligeras notas a pie de página-, el primer capítulo supone un compendio de las ideas que el autor había expuesto ya en su libro citado del año 1996. Está dedicado, concretamente, a esquematizar las interferencias de lo oral en la escritura (*oralidad*) o de lo escrito en lo oral (*escrituridad*). Después de dar cuenta de que los condicionamientos que explican tales interferencias están motivados por la situación comunicativa (que conforma una importante variedad de registros), se ofrecen también muestras reales del llamado registro “coloquial escrito” y se insiste en la importancia que tienen los tipos de discurso para la conformación oral o formal del mensaje.

Antonio Briz comienza el capítulo II señalando la variedad de nombres y la confusión conceptual con que se utiliza el término *coloquial*. La complicación para elegir uno de esos muchos calificativos nace, en primer lugar, de la dificultad en definirlo adecuadamente; y puesto que al autor no le convencen por completo las caracterizaciones de otros estudiosos (aunque parta de sus aciertos), aporta la suya propia, que basa en seis puntos: 1) es un registro o nivel de habla, marcado principalmente por la situación; 2) afecta a todos los hablantes de una lengua; 3) carece de uniformidad u homogeneidad; 4) está vinculado al llamado “modo pragmático”; 5) presenta manifestaciones orales o escritas; y 6) aparece en distintos tipos de discurso, pero el más natural parece ser la conversación. Esta última característica le da pie para dedicar a esa modalidad conversacional más de una veintena de páginas, la mayoría de las cuales le sirven para establecer (repasando una amplia bibliografía de naturaleza pragmática) los principios y máximas que regulan la conversación; uno de estos principios, el de la cooperación, aparece ejemplificado abundantemente e interpretado teniendo en cuenta los elementos que conforman la estructura de la conversación: el turno, la intervención y el diálogo. Al final del capítulo, el lector ha adquirido ya tal amplitud de precisiones conceptuales que no le va a ser difícil avanzar en la comprensión del resto del libro, y está, por tanto, en disposición de valorar “las características o constantes textuales, estructurales, retóricas, en suma, la gramática del español coloquial, y, más en concreto, de la conversación coloquial” (cap. III, pág. 67).

La citada “gramática” aparece caracterizada, en primer lugar, por estrategias sintácticas diversas que se concretan y explican a continuación, con sus ejemplos: sintaxis concatenada y parcelada, existencia de rodeos explicativos y de redundancia, repetición, sintaxis abierta u organizada mediante conectores pragmáticos, y por fin, el orden pragmático y el tipo de relato. Otros procedimientos (como la elipsis, la deixis o la utilización de los pronombres *yo* y *tú*) forman parte

de las estrategias contextuales, que deben sumarse a las fónicas, a las léxico-semánticas e incluso a las paralingüísticas para tener una idea de la complejidad de mecanismos puestos en juego en la interacción coloquial.

El capítulo más breve de la obra es el cuarto. Se deja constancia en sus páginas de las estrategias que implica el acto de hablar (a saber, la producción, la recepción, la conexión y la interacción) y de las categorías pragmáticas que relacionan el enunciado con la enunciación; se habla, en este sentido, de atenuantes, implicadores, conectores y de mecanismos de repetición. La importancia de lo que aquí se expone está en que sirve de base para el desarrollo que se va a hacer después de algunas de tales estrategias: de la intensificación, en el capítulo 5º, y de la atenuación, en el 6º.

La intensificación es un procedimiento de realce puesto en práctica con la finalidad de potenciar o anular máximas pragmáticas imprescindibles en la conversación, entre las que destacan la de cooperación y la de cortesía. Por ello, en el capítulo quinto importa, antes que nada, dejar claro “Cómo?, ¿qué? y ¿por qué se intensifica?”. A la primera pregunta se intenta responder haciendo un recuento de los intensificadores u operadores de intensificación; y es entonces cuando se distinguen los morfológicos (empleo de prefijos y sufijos), léxicos (repeticiones, sintagmas con *menudo*, *mogollón*, *de cojones*, etc.), o sintácticos (art. + *de* + sust., *la de veces*; v. + *de* + sust., *va de gente*; estructuras comparativas, *está como una chota*, *veo menos que* —>, etc.), a los cuales se añaden igualmente ciertos intensificadores semánticos (como la ironía) o suprasegmentales (el caso de la pronunciación silabeada). Luego, a la segunda pregunta, corresponde responder que lo que se intensifica es la cantidad o la cualidad, refiriéndose una y otra a elementos o partes del enunciado o al mismo acto de enunciación. En el fondo, el porqué de la intensificación es mostrar —dado el carácter dialógico de la conversación— el acuerdo o el desacuerdo con la declaración del interlocutor.

Procedimientos lingüísticos idénticos o similares a los señalados se emplean también —según se muestra al comienzo del capítulo 6— en la estrategia de la atenuación. Ésta, que se apoya unas veces en la máxima de cortesía y otras parece obviarla, aminora o desvirtúa cualidades y puntos de vista relacionados con el emisor o con el receptor, y afecta sobre todo a los actos aseverativos y exhortativos. É igual que ocurría con la intensificación, también ahora se trata de un rasgo conversacional que influye en el enunciado (atenuación semántico-pragmática) o en la enunciación (mediante los atenuantes pragmáticos). Todo ello se ilustra una vez más con numerosos ejemplos que sirven para comentar diferentes formas de atenuación basadas en el YO o en el TÚ. Al capítulo se da fin, además, con una valoración de este procedimiento, pues la atenuación opera conversacionalmente dependiendo

de múltiples factores: el tipo de discurso, la edad de los interlocutores, incluso dependiendo de diferencias diatópicas (parece que en la conversación de los españoles se atenúa menos que en la de hablantes hispanoamericanos).

Uno de los puntos que hoy suscita más interés es el de los conectores pragmáticos, a los que el autor ha dedicado varios estudios que ahora vuelve a retomar para la redacción del capítulo séptimo. El planteamiento básico es que tales conectores “funcionan, ya en el plano local, ya en el plano global de la conversación, como instrucciones de la actividad argumentativa de los interlocutores y/o como trazos de la actividad formulativa y conversacional” (pág. 166). Por ello, tras hacer un análisis sobre el estado de la cuestión (en texto y en notas se recuerdan las obras dedicadas a su estudio y la variedad terminológico-conceptual con que se designan), y tras diferenciar entre conector sintáctico-semántico y conector pragmático (con ejemplos en que intervienen *porque*, *bueno*, *es que*, *pero* y *pues*), se dedica el resto del capítulo a exponer varias ideas importantes sobre los conectores pragmáticos: 1ª) éstos sirven para argumentar, es decir, para exponer un punto de vista que desemboca en una conclusión; 2ª) el valor de los conectores puede variar dependiendo de que se apliquen a enunciados de un solo hablante (carácter monológico) o a intercambios de hablantes diferentes (carácter dialógico); 3ª) su función no se limita a argumentar, también organizan o jerarquizan los argumentos, los ordenan en los movimientos conversatorios antes de desembocar en la conclusión.

Por fin, el último capítulo de la obra queda reservado para señalar otra función de los conectores pragmáticos: su papel como marcadores metadiscursivos, en virtud del cual posibilitan “la formulación y avance de la conversación en general” (pág. 203). Esto quiere decir que ordenan apartados, introducen cambios en la conversación, retoman o reinician turnos, etc. El abanico de posibilidades es amplio: se puede marcar el inicio mediante *bien* o *bueno*; se puede indicar la progresión discursiva, también con *bueno* o con *o sea*; y asimismo se llega a indicar fin o cierre de la conversación (*total*, *en fin*, o *sea*). Tal función metadiscursiva alcanza, por otro lado, a los participantes en la comunicación y marca el contacto entre ellos de muy diversas maneras: reafirmando lo dicho (*¿verdad?*), apelando al interlocutor (*¿entiendes?*), haciéndole advertencias (*¿de acuerdo?*), etc.

Después de la lectura del libro de Antonio Briz, queda claro que su publicación ha sido un acierto, debido a varias razones: porque resume en una sola obra las investigaciones y puntos de vista que el autor ya había expuesto en otros trabajos propios sobre el español coloquial; porque supone un acercamiento a los estudios que sobre esta cuestión habían difundido otros investigadores, muchos de ellos extranjeros, en cuyo caso facilita el acceso y la comprensión a una gran parte de interesados con menos medios y peor pre-

paración; porque, en fin, teniendo en cuenta los presupuestos del análisis textual en sentido amplio y los principios con que opera la interacción comunicativa, profundiza en los mecanismos pragmáticos que regulan el discurso conversacional. De esta última realidad deriva en gran parte el valor del libro, por cuyo contenido el lector llegará a hacerse una idea de lo que debe entenderse por *pragmagramática*.

ANTONIO MORENO AYORA

CORRIENTE, Federico, *Poesía dialectal árabe y romance en Alandalús (cejeles y xarajāt de muwaššahāt)*, Madrid: Gredos, 1998, 386 págs. (“Biblioteca Románica Hispánica”. II. Estudios y Ensayos, 407).

El ardor y el fragor de las disputas, la audacia y lo irreflexivo de no pocos planteamientos, el despropósito y en ocasiones hasta la grosería de los ataques a determinadas personas en la liza científica, y sobre todo la revolución llevada a cabo a partir de la década de los setenta (tomando cuerpo, fundamentalmente, en la de los ochenta) dentro de esta parcela de la ‘literatura medieval’ representada por el *corpus* de poesía dialectal ‘romandalusí’, hacía necesario un trabajo de conjunto que fuese capaz no sólo de colocar la problemática sobre el tapete, sino incluso de hacerla inteligible a aquellos que son ajenos a todo el debate surgido en torno a estos estudios, desde que allá por 1948 Stern descubriese *les vers finaux en espagnol en muwaššahāt* hispano-hebreas. Pero el libro del que ahora damos noticia no solamente cumple con ello al dedillo, más aun nos ofrece una soberbia, completísima y densa valoración de los resultados de toda esta etapa crítica que, desde hace ya más de una veintena de años, ha ido cambiando de forma radical y total los posicionamientos que al respecto se tenían, adobado además, con un muestrario de *muwaššahāt* y tres catálogos de *xarajāt* con toda una serie de análisis y conclusiones de carácter textual y sociolingüístico.

La obra se estructura en dos bloques, un primer bloque que consta de tres capítulos (págs. 23-121), y un segundo de cinco apartados que integran los ‘Apéndices’ (págs. 125-372), todo lo cual pasamos a detallar a continuación. Abre el libro con una ‘Introducción’ (págs. 7-17) en la que no hay un solo renglón de desperdicio y donde, de forma y modo sereno, su autor nos hace un rápido y cabal planteamiento de la situación en la que se ha visto envuelta y por la que ha pasado este *corpus* de literatura, así como los complejos condicionantes ideológicos, y hasta espirituales cabría apostillar, que han generado, alentado y propiciado determinados posicionamientos; le sigue un apartado en el que se recogen los “Sistemas de transcripción, siglas y signos usados en esta obra” (págs. 19-21),

distinto al empleado por la llamada 'Escuela de arabistas españoles' con la finalidad de evitar incoherencias en la transcripción del haz dialectal árabe andalusí.

El primer capítulo, denominado "Definiciones de *muwaššah*, cejel y *xarjah*, y descripción de sus partes y estructuras" (págs. 23-69), consta de cuatro apartados: el primero, "Estructura estrófica" (págs. 24-31), dividido a su vez en dos partes, "Estrofas, versos, esticos y segmentos menores" (págs. 24-27) y "Rima" (págs. 27-31); el segundo, "Estructura métrica" (págs. 31-37); el tercero, "Estructura lingüística" (págs. 37-39); y el cuarto, "Estructura temática" (págs. 39-69), articulado en cuatro partes: "Sujetos: el amado y el amante" (págs. 41-44), "El amor" (págs. 45-59), "el escenario" (págs. 60-62) y "Contextos" (págs. 62-69).

El capítulo segundo lleva por título, "Origen y evolución de la poesía estrófica andalusí" (págs. 70-89) y el tercero y último, "Teorías y su crítica" (págs. 90-121).

El segundo bloque, denominado "Apéndices" (págs. 125-372), recoge cinco secciones que aparecen estructuradas con los siguientes contenidos:

A) "Muestras de tipos estróficos del *muwaššah*" (págs. 125-134), subdividido en tres partes: "Verso simple" (págs. 125-131), "Verso doble" (págs. 131-133) y "Verso taraceado" (págs. 133-134).

B) "Catálogo de las *xarajāt* de *muwaššahāt* en árabe andalusí" (págs. 135-249).

C) "Catálogo de *xarajāt* de cejeles" (págs. 250-267).

D) "Catálogo de las *xarajāt* de *muwaššahāt* con texto romance y sus lecturas e interpretaciones" (págs. 268-335) subdividido a su vez en cuatro partes: "Serie árabe" (págs. 270-308), "Serie hebrea" (págs. 308-323), "Perfiles aritméticos de las *xarajāt* con texto romance y sus interpretaciones" (págs. 324-332) y "Romancismos y texto romandalusí en Ibn Quzmān" (págs. 332-335).

E) "El idiolecto romandalusí reflejado por las *xarajāt* con texto romance" (págs. 336-372), dividido en dos partes: "Notas gramaticales" (págs. 343-360) y "Léxico" (págs. 360-372).

A ello hay que sumar la bibliografía utilizada por el autor, encabezada por una nota previa en la que nos refiere algunas cuestiones relativas a la selección de trabajos recogidos en esta bibliografía (págs. 373-383).

Como se puede apreciar, con tan sólo echar una ojeada a las cuestiones estudiadas por su autor y la distribución del mismo, el material que contiene este libro viene a arrojar luz en una parcela de la 'literatura andalusí', que ya desde sus mismos inicios anduvo en la penumbra. Evidentemente, lo que aquí encontramos (aunque no todo, por cierto) es fruto de largos años, y cuyo mayor esfuerzo —y ello de forma delicada y difícil por cuestiones que a nadie escapan—

ha recaído sobre los lomos del Prof. Corriente, quien desde el año 1977 –en que saliera de la imprenta su indispensable, clarificador y socorrido *A grammatical sketch of the Spanish Arabic dialect bundle* (Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura-Dirección General de Relaciones Culturales) y poco después, en 1980, el primer ‘hachazo’ en el asunto, que serviría para cambiar el rumbo de forma definitiva, su monumental *Gramática, métrica y texto del Cancionero hispanoárabe de Aban Quzmán* (Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura)- hasta el pasado 1997, es decir veinte años después, en que apareció otro hito en la lexicografía árabe española, su *A dictionary of Andalusí Arabic* (Leiden: E.J. Brill), no ha parado de dedicar esfuerzos al respecto, siendo especialmente importantes, concluyentes y definitivos, aquellos trabajos referentes a la prosodia (asimismo los de lingüística y dialectología), verdadero caballo de batalla junto con los aspectos lingüístico y paleográfico que plantea cada uno de los textos.

Frente a todo ese “apasionado afán por empujar hacia siglos más remotos de la lírica hispánica” (pág. 14), y aupados y alentados por algún que otro sabio como Dámaso Alonso o don Ramón Menéndez Pidal, el autor nos da, a través de la prietas páginas que llenan este volumen, las claves necesarias para recomponer un rompecabezas que había empezado a ser mal encajado desde el principio: el punto de arranque, el indispensable, el buen, profundo y necesario conocimiento de la lengua árabe (y las lenguas romances), así como el dominio de campos tan dispares como imprescindibles para adentrarse en la selva de esta problemática: de un lado el de la prosodia árabe (también la hebrea y la/s hispánica/s), y de otro el bagaje que se hace necesario y forzoso para poder arrojar luz sobre no pocos puntos oscuros que presentan los textos. Estas páginas demuestran, y muy a las claras, que “la parte de esta polémica referente al origen y naturaleza de la poesía estrófica andalusí puede considerarse hoy resuelta a favor de su arabidad fundamental con alguna presencia del sustrato romance, lo que algunos aún niegan, pero casi todos conceden en algún grado”, y ello pese a que “el tema de los textos romances incluidos en algunas *xarajāt* dista más de soluciones generalmente aceptadas” (pág. 15).

Todos los apartados son de un singular e inusitado valor para aquellos que de una u otra forma se dediquen o anden interesados tanto en la literatura árabe (incluida la generada en Alandalús) como en la literatura española producida en la Edad Media, y ya más en concreto a ese cuerpo de textos que aún algunos vienen creyendo y explicando (no pocos, por cierto, a causa del desconocimiento, falta de interés, falta de conocimientos o de preparación, de la labor que en este campo están llevado a cabo un puñado de especialistas) como “el primer monumento de la lírica hispánica”: el primer capítulo, con sus cuatro partes, resulta necesario e imprescindible para situar y poner en claro los distintos elementos que conforman a estas muestras de poesía estró-

fica andalusí; el tercer capítulo resulta a todas luces imprescindible para conocer la 'historia de la polémica', el desarrollo y avance de las distintas teorías y el estado actual de los logros alcanzados; pero entre todos es (junto a las veinte páginas del capítulo tercero, el llamado "Origen y evolución de la poesía estrófica andalusí" (págs. 70-89), que a mi humilde entender resultan sencillamente magistrales, utilísimas e indispensables no ya sólo para trazarse una visión diacrónica de la poesía estrófica andalusí, sino también desde el punto de vista pedagógico, y ello lo digo tras haber realizado un par de experimentos con los alumnos) la brillante, elocuente, magistral, y en ocasiones hasta apabulladora, labor analítica llevada a cabo sobre el material que el autor distribuye a lo largo de los cinco apéndices, donde el alarde filológico se conjuga y entremezcla con el de la más pura, fina y estricta labor de crítica textual y literaria.

Este libro, tan necesario como espléndido, tan riguroso como correcto, tan justo como valioso, en fin, no podía haber salido de otras manos que las del Prof. Corriente, el único semitista con que contamos en este país, y quien más y mejor conoce no sólo el haz dialectal andalusí (y sus distintos subdialectos), la normas y características prosódicas de estos, sino incluso los "intrínquilis" que rodean y atañen a los distintos textos que conforman el *corpus* de material escrito que en esta lengua poseemos.

Nos encontramos, pues, ante un trabajo intachable, riguroso, impecable en todos sus aspectos, que ningún interesado deberá pasar por alto, y además de a los arabistas, me refiero a quienes se dedican a la literatura española medieval, a la dialectología española e incluso a la historia de esta lengua, quienes tras el atento esfuerzo de su lectura (eso lo tienen asegurado por la densidad, profundidad e importancia de todas sus páginas; aunque más que su lectura, por muy pausada y atenta que sea, yo aconsejaría su estudio) saldrán con mejores aperos con los que labrar en campos limítrofes, cuando no en el suyo propio. Es éste, por todo ello, un nuevo hito –por hacer uso (ya más arriba nos hemos servido de él) de una voz empleada no ha mucho por otro gran especialista de los 'Estudios árabes' al recensionar otra gran empresa, ésta de carácter puramente lexicográfico– que sirve para cribar y hacer balance, pero sobre todo para situar y proyectar con renovado impulso –a más de la tranquilidad necesaria que se requiere para labores de tamaño empresa– lo conseguido, que por cierto, no es poco.

JUAN PEDRO MONFERRER SALA

GARCÍA PEINADO, Miguel Ángel, *Hacia una teoría general de la novela*, Madrid: Arco Libros, 1998, 392 págs.

Una de las líneas de investigación más fecundas de la teoría literaria actual es sin duda la Narratología o ciencia del discurso narrativo. Desde los iniciales trabajos sobre el cuento folklórico ruso de W. Propp (1928) y las reflexiones de formalistas rusos como Tomachevski, el análisis de la narración ha alcanzado un nivel de rigor y precisión muy alto al que han contribuido de manera relevante investigadores del neoestructuralismo francés como Todorov, Brémond, Barthes, y especialmente Gérard Genette, aunque no sólo ellos. La narratología y la teoría de la novela cuentan con la obra imprescindible de Bajtín y con las valiosas aportaciones de novelistas y críticos de tradición anglosajona como Henry James, Percy Lubbock, Forster, S. Chatman, etc.. En España podríamos citar también los estudios de Baquero Goyanes, Carmen Bobes, Darío Villanueva, o Pozuelo Yvancos, entre otros. El libro que presenta ahora el profesor Miguel Ángel García Peinado, catedrático de Francés de la Universidad de Córdoba, recoge el legado teórico y crítico elaborado por estos estudiosos, aunque sus referencias y citas privilegien la escuela neoestructuralista francesa, y trata de aplicarlo a un ambicioso objetivo que es proponer una teoría general de la novela.

El autor es consciente de afrontar una tarea arriesgada, pues si algo caracteriza el género literario de la novela es su extrema diversidad de temas, de formas, de intenciones, de estilos. De ahí las múltiples definiciones del género que han dado novelistas y críticos, algunas de las cuales se transcriben aquí como la de Pierre Daniel Huet de 1670 o la del Marqués de Sade de 1800. Por otra parte, el mismo término de “novela” plantea un problema de base pues se trata de una categoría moderna, de delimitación tardía en las poéticas europeas, cuyo origen se sitúa en obras españolas como *El Lazarillo de Tormes* y *El Quijote*, pero que se configura en la novela inglesa del XVIII y se consolida en la narrativa realista europea del XIX. No parece entonces pertinente incluir bajo esta categoría obras como los romances artúricos o las novelas de caballerías que más bien pertenecerían a otra tradición más antigua de la narrativa de ficción, que los ingleses denominan *romance*, y que delimitó con enorme perspicacia en 1780 la escritora Clara Reeve en su libro *The Progress of Romance*.

Así las cosas, se hace imprescindible de entrada delimitar tanto el alcance del término como la perspectiva teórica y metodológica desde la que se va a proponer esa teoría general de la novela. García Peinado se refiere a la novela “moderna” (el *roman* en su acepción francesa), y argumenta en favor de una definición en la que lo dominante sea la “materia narrativa, es decir, la aventura histórica y los personajes que la llevan a cabo” (71). Así pues, la clave para una teoría de la novela no reside tanto en sus rasgos formales, sistemati-

zados por la Narratología y comunes a otras formas de narración, cuanto en el contenido que García Peinado concreta en “la narración de las aventuras, destino o psicología de unos personajes inmersos problemáticamente en un trasunto de realidad” (69). Con esta perspectiva fundamentalmente temática, en la que se advierte el eco de la definición de Lukács, el profesor Peinado dedica el primer capítulo a hacer un recorrido por la evolución del héroe novelesco y ello en dos apartados: primero, se repasan las teorías sobre el héroe que van del héroe mítico (Mírcea Eliade, Gilbert Durand) al héroe problemático de Lukács, y luego se proponen cuatro tipos de héroe combinando criterios históricos e ideológicos: héroe barroco, burgués, romántico y fragmentario, cada uno ilustrado con ejemplos tomados en su mayoría de la tradición literaria francesa.

El capítulo II se consagra a la evolución de la forma narrativa y se organiza en dos bloques bajo los epígrafes “Instancias oposicionales del espacio narrativo” y “El narrador y su relato”. En el primero se repasan tres tipos de oposiciones que se sitúan en niveles discursivos diferentes: la oposición historia/ficción, que remite al plano de la referencia y de la capacidad de la novela para representar la realidad, y que da pie al autor para extenderse acerca de la aparición y desarrollo de la novela realista en Francia; la oposición historia/discurso, ya planteada desde los formalistas y que diferencia el *qué* se cuenta del *cómo* se cuenta; y la oposición entre narración/descripción. En el segundo bloque, se comentan por una parte las relaciones que el autor puede mantener con su novela y que se hacen explícitas en el paratexto –lo que viene a conformar una historia de la novela hecha por los propios autores–, y por otra parte, las relaciones del narrador con la historia que narra (voz, focalización).

El último capítulo está dedicado a resumir los planteamientos básicos de las corrientes más destacadas de la teoría literaria contemporánea, y a describir tres formas de plantear el análisis de la novela: las estructuras materialistas (Lukács, Goldman, Girard); las estructuras míticas (Levi-Strauss, Dumézil, Mírcea Eliade); y las estructuras lingüísticas.

Quizá el libro peca de cierto exceso en su afán por incorporar la mayor parte de los conceptos teóricos en uso, lo que a veces provoca imprecisiones, y por atender a muy diversas perspectivas de análisis: histórica, sociológica, semiótica, temática, estructural. Una selección más estricta de esa información general le hubiera permitido al autor desarrollar con mayor profundidad su propia propuesta de avanzar hacia una teoría de la novela más enfocada hacia la materia narrativa, el héroe, que hacia las formas. El seguimiento histórico-literario de la transformación del héroe novelesco desde su aparición en el Renacimiento con *El Lazarillo de Tormes* hasta el

héroe fragmentario o desdibujado de la novela contemporánea, que se realiza en el capítulo segundo, requeriría ser completado con una valoración ya no temática sino estructural y funcional del personaje novelesco, en la que se pusiera de relieve su estrecha vinculación, tan específica en el género de la novela, con las categorías del tiempo y del espacio por una parte, y de la enunciación por otra.

No obstante, *Hacia una teoría general de la novela* supone una reivindicación de la categoría del personaje, una de las más discutidas y cuestionadas en la narratología, como factor clave para una posible definición del género, y ofrece al lector interesado un amplio panorama de las aportaciones más relevantes de los estudios teóricos sobre la novela, ilustrado en todo momento con referencias críticas a textos concretos de la narrativa europea en general y francesa en particular.

CELIA FERNÁNDEZ PRIETO

GWYNN, R. S. *The Advocates of Poetry. A Reader of American Poet-Critics of the Modernist Era*. Fayetteville: The University of Arkansas Press P., 1996, 242 págs.

ALONSO, Amado. *Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética*. Madrid: Gredos, 1997, 385 págs.

Se preguntará el lector –y con razón– del por qué de este singular emparejamiento. A esto yo le añadiría un interrogante más: ¿qué sentido tiene reseñar escritos que originalmente fueron publicados hace ya algunos años? He de reconocer que la libertad que me tomo en estas páginas puede ser fruto de un cierto oportunismo académico, pero no, desde luego, del capricho, ni tampoco –creo yo– de la ingenuidad. Reconozcámoslo: la crítica y la investigación literarias no son ciencias, al menos no como la medicina, la biología o la veterinaria. Una prueba evidente de ello la encontramos en el hecho de que en estas últimas, y por lo general, un estudio de más de diez años tiene pocas cosas nuevas o interesantes que decir. No así en nuestras disciplinas, en las que una buena obra parece no agotarse nunca. Pues bien, el objetivo principal de estas palabras no es ni más ni menos que el de reivindicar la plena vigencia, la calidad y la utilidad de unas obras, surgidas del campo de la Estilística Española y del ‘New Criticism’, que ahora han sido rescatadas para el mercado gracias a unas ocurrentes labores editoriales.

Pero “otros hay rebeldes a la luz; no reconocen sus caminos ni frecuentan sus senderos” (Job 24,13). Algo así nos viene a decir R. S. Gwynn en su introducción a *The Advocates of Poetry* si por oscuridad entendemos el ofuscamiento

teórico y el poco amor que por el texto artístico muestra gran parte de los estudios literarios norteamericanos del momento. Para Gwynn, corrientes crítico-literarias tales como el nuevo historicismo o los estudios culturales han acabado por reavivar un didactismo que creíamos haber superado ya: “The pressure on poets and critics to be multiculturally and politically correct has produced a new didacticism, where poets (often more important in an age of celebrity than the poems they create) may be damned or praised solely on the basis of their moral pronouncements on sexism, racism, homophobia, or other ills of society. Even individual taste is suspect” (p. xxiii). Pero no se queda aquí el autor. Muy en la línea de Bloom, al que llega a citar, construye su propio monstruo de cinco cabezas, a saber: la deconstrucción, el feminismo, el nuevo historicismo, la estética de la recepción y la crítica freudiana.

La de Gwynn me parece una opinión exagerada, por no decir un tanto simplista. No se debiera considerar a estas escuelas como un mero exponente de una vuelta a posiciones románticas o pseudo-románticas. Además, nadie en este oficio está libre de una cierta frivolidad o didactismo. Nótese, si no, el tono moralizante de las siguientes palabras de Bloom; autor al que Gwynn considera un valioso aliado en su difícil cruzada:

The *Cantos* contain material that is not humanly acceptable to me, and if that material is acceptable to others, then they themselves are thereby less acceptable, at least to me [...] Pound's faults are not superficial, and absolutely nothing about our country in this century can be learn from him (*Ezra Pound*. N.Y.: Chelsea House Publishers, 1987, pp. 1 y 8).

Dicho esto, hay que reconocerle a Gwynn la valentía que muestra al formular una denuncia que no por desmesurada deja de tener su fondo de verdad. He escrito en otra ocasión que cada vez resulta más difícil encontrar estudios en los que se preste una atención especial a la forma como portadora de belleza estética, como nexo ineludible que habrá de permitirnos un diálogo íntimo con la obra de arte. Para aquellos que nos gusta la palabra poética *per se* —es decir: su textura fónica, genética, hondura sentimental y riqueza semántica— las actuales modas nos producen un cierto desasosiego. A veces, tiene uno la sensación de que se ha quedado un tanto desfasado hablar de aspectos como el ritmo, la voz lírica, los *topoi* o la tradición. Los congresos —al menos aquellos de mi especialidad, filología inglesa— no consuelan. Ojeo las actas de uno de ellos: sus páginas repletas de comunicaciones que giran en torno a la problemática de la raza, el género, la clase social, la censura o las insituciones. No trato de cuestionar al oportunidad, ni muchos menos la calidad de este tipo de estudios que yo mismo

he realizado y espero seguir realizando. Lo que quiero poner de manifiesto es que para el filólogo especializado en literatura esta labor ha de ser secundaria o, al menos, paralela a aquella otra que se obstina en acechar a la palabra poética, a la obra artística de carácter lingüístico por medio de unas herramientas bien consolidadas en nuestra disciplina, dígase: la retórica, la lingüística, la poética o la narratología. Es lícito que tomemos prestados de otras campos del conocimiento aquello que creamos nos puede ser útil para nuestra diaria labor, mas siempre estando atentos de que lo prestado no acaba por anular a aquello que previamente poseíamos.

Y parte de lo que poseíamos es, precisamente, lo que ha tratado de recuperar Gwynn en una colección de ensayos realizados por diversos poetas: John Crowe Ramson, Kenneth Burke, Louise Bogan, Allen Tate, Yvor Winters y Randall Jarrell, por citar sólo algunos. No me parece, sin embargo, que ésta sea la mejor selección de entre otras tantas que se podían haber hecho —no me refiero a los escritores, sino a los escritos. Pero, tal vez, esto sea de poca importancia en esta ocasión, pues de lo que se trataba era de reunir unos estudios que reflexionaran en voz alta sobre cuestiones como la especificidad del lenguaje poético, la poesía pura, la naturaleza de lo lírico o los mecanismos de comunicación del poema. Como se podrá comprobar las propuestas no están exentas de riesgos. De ahí, esencialmente, que algunas de las opiniones que se vierten en este libro sean un tanto discutibles. Pienso, por ejemplo, en Yvor Winters cuando afirma que la métrica de Eliot representa una degradación de la prosodia clásica. O en Crowe Ramson al afirmar que el poema es el resultado de una adaptación del sonido al significado, y del significado al sonido. Tampoco comparto esa obsesión de Allan Tate por la tensión semántica y la lírica metafísica como paradigma de una poesía rica y sugerente. Dicho esto, hay que reconocer que se disfruta leyendo estas páginas. No les duelen prendas a estos poetas proponer una y otra vez definiciones de la poesía y del lenguaje poético:

What I am saying, of course, is that the meaning of poetry is its 'tension', the full organized of all the extension and intension that we can find in it (p. 92); Poetry is an attenuation, a rehandling, an echo of crude experience; in itself a theoretic vision of things at arm's length (p. 163).

Tampoco opinar sobre lo que es buena o mala poesía, o sobre la dificultad de la crítica:

This is another way of saying that a good poem involves the participation of the reader, it must, as Coleridge puts it, make the reader into "an active creative being" (p. 164); A good critic—we cannot help seeing, when we look back at another age—is a much rarer thing than a good poet or a good novelist (p. 214).

Interesantes también —especialmente para aquellos que se dedican a la enseñanza de la literatura— consejos, tan obvios, aunque a menudo olvidados, como que hay que aprender a leer poesía y narrativa en voz alta; o que hay que disfrutar del texto antes que estudiarlo.

Pero no hace falta ser un poeta para iluminar con acierto los misteriosos recobecos del texto poético. Tampoco para agudizar nuestra sensibilidad frente a la obra de arte hecha con palabras. Con finura exquisita e inteligencia portentosa ejerce su oficio Amado Alonso en su estudio sobre la poesía de Neruda. Son éstas unas páginas que te reafirman en lo que eres, que acaban por dignificar la función crítica del filólogo a la vez que te hacen volver, con ardor recuperado, a aquellos versos que se vieron condenados al olvido. Se queja Antonio García Berrio, en su respetuoso homenaje a Amado Alonso, de una cierta severidad en el estilo de este último, de un excesivo apego a la forma exterior (“Vigencia de la forma”, *Ínsula*, 599 (1996), págs. 7-8). Tal vez esté en lo cierto. Pero ya quisiera yo para muchos críticos de ahora la cálida emoción que animan muchos de los comentarios de este libro:

No hay página de *Residencia en la Tierra* donde falte esta terrible visión de lo que se deshace. Es lo invenciblemente intuido por el poeta, visto, contemplado. No es sabérselo, comprenderlo con la razón; es sentirlo, vivirlo, sufrirlo con las raíces de la sangre... “del río que durando se destruye”, verso espléndido donde se encierra la imagen definitiva de esta dolorosa visión de la realidad. Todos sus versos están llenos de imágenes de deformación, desposición y destrucción, con gran frecuencia de estructura onírica, imágenes en las que unos objetos se deforman y se desintegran con procesos sólo existentes en otros, y donde los objetos y sus representaciones parecen empujarse, penetrarse, comprimirse y deformarse con caótico influjo recíproco, como en los sueños en los que no rige el principio de contradicción...(p. 63).

Asombra, sin duda, la capacidad que muestra Amado Alonso para indagar en los andamiajes sentimentales del proceso poético sin que por ello el análisis de los aspectos tangibles del texto pierda un ápice de su rigor racional. Con ello, consigue el profesor que la estilística genética alcance una de sus cotas más altas de calidad que difícilmente será superada.

Podemos detectar en estas páginas varios de los principios más interesantes de esta corriente crítico-lietaria, por ejemplo: 1º) Que existe en la obra un ‘principio creador’ de carácter psíquico que constituye su ‘centro vital’. 2º) Que el sentimiento es el elemento básico de toda poesía. Por tanto, y en palabras del propio Alonso “la tarea de todo poetizar es la de dar forma a ese sentimiento”. 3º) Que el placer estético constituye la justificación última de toda obra artística y que la estilística ha de ocuparse de dicho goce estético a través de un estudio detallado del sistema expresivo del autor. Es, precisamente, la preocu-

pación por los aspectos psíquicos de la creación poética, el énfasis en conceptos como la 'intuición' o el 'sentimiento', lo que distingue con más nitidez la estilística de los dos Alonsos y la de Spitzer, de la crítica practicada por los poetas que integran la nómina de Gwynn, la mayoría de ellos bajo la órbita del 'New Criticism'. Ahora, sin embargo, al contar con una cierta perspectiva histórica y, especialmente, al comprobar cómo ha cambiado el panorama de los estudios literarios, pareciera que es más lo que une a estos críticos que lo que los separa. Me refiero sobretudo a su interés por la naturaleza estética de la obra de arte y a la convicción de que los aspectos formales del texto son esenciales a la hora de desvelar los secretos que éste encierra -mucho más que los aspectos históricos, sociológicos, genéricos o biográficos.

No creo que la aparición de estas dos reediciones sea el fruto de una mera casualidad. Confesados o no, los objetivos de las mismas se dirigen a refrescar nuestra memoria histórica, a recordarnos que nuestro oficio posee sus propias herramientas y métodos que pueden lograr, cuando se emplean con maestría, excelentes resultados. No se trata de recuperar, sin más, las propuestas de estos movimientos, sino de discernir cabalmente aquello que resulta aprovechable -que es mucho- de aquello otro que no lo es. El mejor homenaje que podemos hacer a estos autores vendrá, por tanto, de reconocer sus limitaciones -la mayoría de ellas producto del tiempo en que vivieron- y de intentar mejorar su legado mediante la incorporación de nuevas teorías y procedimientos.

Termino esta reflexión sin haber glosado minuciosamente cada uno de los apartados o capítulos de estos dos libros. No pensé que fuera necesario. Estamos ante autores y escritos, en su gran mayoría, de reconocida solera, por lo que no le resultará difícil al lector encontrar estudios muy útiles sobre los mismos. No tiene uno más que acudir, por ejemplo, a la introducción de Juan Carlos Gómez a la obra de Alonso, auténtico ejemplo de cómo se debe de prologar un libro. Trabajos como éste le permiten a uno hacer de la reseña una excusa para fomentar el debate. En rigor, de eso se trataba, principalmente, es decir: de opinar sobre la situación actual de los estudios literarios -especialmente en el mundo anglosajón- por medio de un modesto homenaje a una serie de autores que no hace tanto tiempo nos dejaron. La relectura de estas páginas, sin embargo, me ha hecho recordar aquellas palabras que, desde la esperanza, escribiera Ortega y Gasset: "los muertos no mueren por completo cuando mueren...entran dentro de nosotros, hacen en nosotros morada y agradecidos, como sólo los muertos saben serlo, dejánnos en herencia la henchida aljaba de sus virtudes".

ANTONIO RUIZ SÁNCHEZ

PEREA SILLER, F.J., *Fray Luis de León y la lengua perfecta*, Córdoba: Editorial Camino, 1998, 163 págs.

Esta obra, en líneas generales, puede considerarse un trabajo de investigación lingüística, ya que profundiza en algunos aspectos de las ideas lingüísticas de Fr. Luis de León. Esta presentación se centrará, por tanto, en la exposición de dichas ideas lingüísticas.

El autor ha dividido la obra en cuatro capítulos, con los siguientes contenidos: desarrollo histórico del hebreo como lengua motivada; Fr. Luis de León y la cábala; teoría del nombre; y la motivación lingüística del hebreo.

1. En el capítulo primero *-El hebreo como lengua motivada: desarrollo histórico-* el autor expone, ante todo, la teoría lingüística de la Biblia, centrándose en el valor motivado (y mágico) de los nombres y la explicación de la diversidad de las lenguas. En este sentido, es claro que la imposición del nombre en la Escritura nunca es arbitraria, y el método que se utiliza para crear la motivación en los nombres bíblicos suele ser la etimología. Esta motivación que se ejerce en los nombres bíblicos está próxima a la concepción mágica de los nombres en el mundo semítico. En cuanto a la diversidad de las lenguas, las explicaciones parten de una teoría monogenética del lenguaje, que postula la existencia de una sola lengua original, que se corresponde con una sola estirpe primitiva. En segundo lugar, el autor también apunta a la práctica de los padres de la Iglesia como intérpretes de dicha teoría. Los padres griegos, los primeros que incorporan concepciones mágicas a la teoría del nombre, realizaron una síntesis entre el pensamiento filosófico griego y el hebraico, que será el punto de partida para los padres latinos en la consideración del hebreo como lengua sagrada y motivada. De ahí que éstos se apoyen en el *Génesis* y en los padres griegos, siempre con una decidida defensa de la primogenitura del hebreo entre todas las lenguas. San Jerónimo, san Agustín y san Isidoro mantienen la tesis del hebreo como lengua primigenia y motivada, influyendo en las ideas lingüísticas del siglo XVI. Ciertamente este postulado no fue un hallazgo del Renacimiento, porque ya en el s. XIII lo había formulado Roger Bacon, el primer cristiano europeo que emprendió la realización de una gramática hebrea, aunque la primera gramática hebrea la escribió Yehudah Hayyug en el s. X (cfr. H. Arens). A continuación, expone que la teoría lingüística de la "cábala" (según propuesta de Scholem, 1974) o tradición mística judía siempre estuvo estrechamente ligada a la magia, argumentando, por último, que el hebreo es la primera lengua en el pensamiento gramatical del siglo XVI. En realidad, este convencimiento permanece inalterable durante todo el siglo XVII y llega hasta Leibnitz. Es cierto que el hebreo recibe interés de parte de muchos humanistas, aunque para algunos de ellos -entre los que se

encuentra el propio Nebrija— el hebreo es una lengua más. Y es verdad que la consideración del hebreo como lengua primigenia era, en cierto modo, una consideración general. Muchos autores, no sólo Fr. Luis de León, sostienen que la primera lengua tuvo que estar motivada, es decir, con una relación adecuada entre lenguaje y realidad. Entre estos autores, Perea cita a lingüistas del prestigio de Huarte de San Juan, Sebastián de Covarrubias o Francisco Sánchez de las Brozas. Esta motivación del hebreo, que en Fr. Luis se convierte en factor fundamental, será especialmente fructífera en el terreno de la exégesis bíblica. Y para el autor de este libro es comprensible que estos autores que ven en el relato bíblico un texto motivado acudan a la cábala judía, que poseía un aparato teórico formado y los consecuentes métodos de exégesis, para encontrar los secretos ocultos del nivel formal de la escritura. De este modo, se llega al encuentro del humanismo cristiano con la tradición mística judía. Sin embargo, entre los autores del siglo XVI el valor mágico de la lengua hebrea fue tan defendido como atacado. Junto al carácter sacro de la lengua hebrea, también se han de considerar las repercusiones que tendrá la teoría de la *inspiración verbal*, muy generalizada en la teología del XVI, y que en el Concilio de Trento se codificó con la fórmula *Spiritu Sancto dictante*. Es decir, en la concepción del texto sagrado inspirado en la doctrina y en las mismas palabras utilizadas.

Como filólogo Fr. Luis advierte las diferencias entre las distintas versiones del texto sagrado: la hebrea, la griega de los LXX y la *Vulgata* latina. Y dado que ni los LXX ni la *Vulgata* han sabido reflejar todos los sentidos de la lengua hebrea, Fr. Luis desarrolla su exégesis sólo a partir del hebreo.

2. En el capítulo segundo -*Fr. Luis de León y la cábala*- el autor desarrolla un extenso estudio acerca de las influencias o fuentes luisianas. En principio, advierte que la religión católica se dividió entre defensores y detractores de la cábala. En el siglo XVI la cábala se extendió como movimiento de renovación en el ámbito mismo de la Iglesia. En cuanto a la formación de Fr. Luis de León, se recuerda que Alonso de Orozco escribió *De nueve nombres de Cristo*, y que los planteamientos cabalísticos que hace Orozco en una obra latina, las *Declamations*, son utilizados posteriormente por Fr. Luis para la elaboración de su trabajo. Los críticos han señalado que la relación literaria entre los dos textos es incuestionable, pero no se ponen de acuerdo sobre si el opúsculo de Orozco es anterior o posterior a la obra de Fr. Luis. Ahora bien, en cuanto a las *Declamations*, Schuster defiende la influencia de Orozco en nuestro autor. Por una parte, Fr. Luis aprendió de Ciripriano de la Huerga el método de la "filología poligráfica", incorporándolo a la exégesis bíblica. Según Perea, importantes elementos de la formación cabalística del agustino pueden provenir de su maestro. Por otra parte, la relación de Fr.

Luis con Arias Montano está bien documentada, aunque no hay acuerdo sobre si Montano influyó en Fr. Luis o al revés. Por ejemplo, para Sáinz Rodríguez *De arcano sermone* influyó en *De los nombres de Cristo*.

En la exégesis bíblica luisiana puede hablarse de dos fases: una primera fase de “sentido literal”, un tipo de hermenéutica que tenía que apoyarse en los escritos de los autores judíos, y una segunda fase de “sentido místico”, que permite aplicar las técnicas de la cábala.

3. El capítulo tercero se dedica a la teoría del nombre, teoría desarrollada por Fr. Luis de León en el capítulo “De los nombres en general”. En cuanto a la naturaleza del nombre, se manifiesta partidario de que son los nombres los que nos permiten llegar a las cosas y comprender a Dios. Por una parte, Fr. Luis concede al nombre el papel de sustituto de la cosa; y por otra, profundiza en la relación objeto-nombre, encontrando una definición entre ambos, en planos distintos. Para él la realidad de los nombres no es sólo lingüística, sino ontológica. No se trata de una dimensión creada por el hombre, sino que está presente desde la creación del mundo, y dada por la naturaleza, motivada. También Fr. Luis insiste en la idea de que los nombres no son meros sustitutos de la realidad material, sino que tienen un valor existencial que va más allá del valor representativo que se les podría dar. De todo lo anterior se comprueba que la perspectiva de Fr. Luis al abordar su teoría del nombre no es la de un gramático, ya que se pregunta por la relación de los nombres con los objetos nombrados. Este hecho –según Noreña– le sitúa en la línea de las inquietudes de los modistas, al preocuparse estos “por la relación entre los elementos básicos de la realidad (substancia, cambio) y los términos esenciales de la proposición (nombre, verbo)”.

La teoría de “ser en el entendimiento” / “ser en la boca” es una teoría muy cercana al triángulo de Ogden y Richards, en el que al concepto y al sonido se les añade el referente (cfr. Muñio Valverde y Bustos).

El autor piensa que no existe una teoría isomórfica en Fr. Luis, ni éste defiende que toda la humanidad posea en la mente los mismos conceptos de las cosas. Es verdad que existen vínculos que unen ser físico, ser en el entendimiento y ser en la boca. Sin embargo, Fr. Luis establecía una semejanza natural entre el primero y el segundo, y una semejanza arbitraria y convencional del segundo con el tercero. Mientras que en las lenguas imperfectas hace falta distinguir entre “nombre en la boca” y “nombre en el entendimiento”, en el hebreo no sería necesario, pues ambas categorías coinciden ante la cosa. Por lo tanto, el hebreo es la única lengua natural, motivada, y madre de todas las demás. La tesis del hebreo como la lengua que manifiesta la forma universal en la que el hombre comprende las cosas, se demuestra en las exégesis que Fr. Luis realiza al analizar los distintos nombres de Cristo, cuando,

ante un versículo, acude al original hebreo, y de la palabra principal del texto enumera todas sus acepciones, apoyando seguidamente que todas ellas confirman el sentido del versículo.

La distinción entre *nombre común* y *nombre propio* viene a fundamentar su teoría de los nombres, incardinada en la exégesis bíblica. El aspecto más importante que aquí se plantea es la relación que une al nombre propio o común con la cosa, con una finalidad clara de defender la propiedad de un tratado referido a los nombres de Dios. Así, el agustino distingue según la singularidad o pluralidad de los referentes –el nombre común conviene a varios, el nombre propio conviene a uno solo–. Utiliza los términos *imagen* para nombre común y *retrato* (neologismo, sinónimo de “imitación fiel”) para nombre propio. Aunque la lingüística moderna no ha desmentido las distinciones de Fr. Luis entre nombre común y propio, las ha matizado.

El lenguaje, según esta teoría, se convierte en una vía mística. Y la lengua contenida en el texto bíblico queda constituida en símbolo, es decir, se rompe el equilibrio entre significante y significado, porque los signos remiten a una realidad inagotable, mística, por encima de la anécdota que se expresa en lo meramente gramatical. En esta ruptura se pasa de una asociación lógica (significante-significado) a una asociación intuitiva entre el signo motivado y el referente secreto que se puede descubrir en él. Es importante señalar que Fr. Luis ve en los nombres sagrados el instrumento válido para profundizar en el conocimiento de Dios.

Fr. Luis de León plantea la cuestión “nombre propio” vs. “nombre cabal”. En esta cuestión se trata de saber si un nombre finito –en cuanto humano– puede ser capaz de nombrar al ser infinito y, en consecuencia, cómo podemos decir que es un nombre propio –apropiado. Es la misma cuestión planteada primero por el Pseudo-Dionisio Areopagita, y después por Tomás de Aquino. Es fundamental que el autor de este libro haya citado al Pseudo Dionisio, porque toda la teoría sobre los predicados aplicables a Dios y su significación parten de él. La fortuna de su obra *De los nombres divinos* fue tanta que influyó grandemente en toda la literatura mística, peculiarmente en la española y sobre todo en Juan de la Cruz. De casi todos los escritores medievales, en los que se habían formado teológicamente los autores espirituales, se conservan comentarios a la obra de Dionisio.

La cuestión clave que se le plantea a Fr. Luis es cómo armonizar la inefabilidad de Dios con su teoría del nombre. Se trata de un problema hermenéutico, ya que es Dios quien se pone el nombre y este nombre declara todo aquello que Dios entiende de sí. El único “nombre cabal” es “Yahveh”, aquél que Dios mismo se puso. Interesa a la teoría lingüística la distinción que Fr. Luis hace acerca del nombre: los comunes, que son muy generales; los

propios, que se refieren a un solo ser, pero no lo abarcan entero; y los nombres cabales, que se refieren también a un ser concreto y lo abarcan completamente. En cuanto a las relaciones con el referente, son de arbitrariedad para los primeros, de motivación por naturaleza para los segundos, y de necesidad para los terceros. Esta clasificación tripartita sólo aparece en la introducción de su obra. Más adelante, afirmará que *Jesús* es el nombre propio de Cristo, que le abarca totalmente y es resumen de todos los demás nombres. Toda la teoría gramatical de Fr. Luis de León es una apoyatura teórica para su pensamiento teológico.

4. El capítulo cuarto está dedicado a Fr. Luis y la motivación lingüística del hebreo. Hay que advertir que en el siglo XVI el debate sobre la motivación del lenguaje responde a un ambiente general que afectaba a todos los campos del saber. Para hablar de la motivación del hebreo en la mentalidad de Fr. Luis hay que partir de estos dos elementos: la analogía del hebreo con la realidad y la inspiración verbal del texto bíblico. Para Fr. Luis la motivación no afecta sólo a los sustantivos, sino a toda la estructura del texto sagrado. La finalidad del tratado luisiano es acercarse a la esencia de Cristo a través de las denominaciones hebreas. En este sentido, el agustino se fijará esencialmente en los nombres propios para explicar teóricamente los aspectos de su motivación. La motivación de las palabras en Fr. Luis depende de la noción de analogía, o señal de semejanza en el lenguaje. Así, la perfección del lenguaje reside en la adecuación del signo nominal y la cosa nombrada. El agustino se propone demostrar que los nombres de Cristo dados en la Biblia cumplen las tres formas de adecuación: etimología, sonido y figura.

La etimología posee mayor tradición en Occidente. Fr. Luis trata la etimología dentro del amplio campo de significación de los nombres. Para que haya una verdadera semejanza etimológica, si un nombre sustantivo deriva de otra palabra que se refiere a una realidad, el nombre derivado debe mantener el parecido con esa realidad, al menos, en algún aspecto. Sin embargo, Fr. Luis no habla sólo de la mera motivación del nombre respecto al referente, sino que el nombre que Dios pone, califica y llega a determinar a quien es nombrado. Es más, el nombre bíblico permite conocer la naturaleza —o una parte de ella— del ser denominado. Y el término *significación* atenderá tanto al significado como al significante, pues en el pensamiento cabalístico, el significante también posee un contenido significativo, según las sílabas y letras que utilice, según la ordenación que lleven, su valor numérico, etc.

El sonido y la figura son dos aspectos que aparecen estrechamente unidos en la exposición de Fr. Luis, que comparte con los cabalistas la fascinación por los secretos que puedan esconder las letras hebreas.

Uno de los aspectos más discutidos es el llamado “literalismo” de Fr. Luis de León, es decir, su tendencia a atenerse lo más posible a la letra del texto. La teoría de la polisemia bíblica –la multiplicidad de sentidos literales en el texto bíblico– se sitúa como centro de su hermenéutica. Existen, en rigor, dos niveles de interpretación: un sentido literal, gramatical; y otro espiritual, místico, escondido. Lo más interesante para nosotros es la prioridad que concede al sentido literal.

Por último, se concluye que la lengua hebrea es la única que tiene la capacidad de sostener un método lingüístico de conocimiento, ya que permite establecer la ecuación:

nombre = cosa como esencia = cosa nombrada

Mediante este método se puede aprehender el secreto que los referentes guardan.

SALVADOR LÓPEZ QUERO

Poetas románticos universales. Antología bilingüe. Ed. y coord. Miguel A. García y Juan P. Monferrer; intr. Bernd Dietz, Córdoba: Universidad de Córdoba (Col. “Nuevos Horizontes”), 1998, 504 págs.

Hay en el mercado y los circuitos académicos libros que apenas sobrepasan su estricta dimensión de textos impresos, limitando incluso todas sus virtudes a las derivadas de un espacio de papel. Hay en cambio obras en las que el libro resultante es un soporte de una dimensión más amplia, en la que el producto editorial no se ve subordinado a un papel secundario o ancilar, sino que se ve potenciado en su impacto y relevancia, en la proyección de su mensaje. Es éste último el caso de la obra que tenemos entre las manos, cuya condición de muy útil e ilustrativa muestra de la producción lírica romántica en los más diversos ámbitos lingüísticos y culturales de occidente es la resultante de una empresa con las características necesarias para convertirse en una viva y pujante realidad científica, académica y cultural.

Se trata, en primer lugar, de una obra colectiva, fruto común de un amplio número de profesores y traductores cuyo núcleo en la Universidad cordobesa se ve potenciado y enriquecido con valiosas colaboraciones de otras latitudes, realzando un fenómeno de por sí raro y valioso. En segundo lugar, se presenta como la punta de lanza de un proyecto de continuidad, concretado editorialmente en la colección “Nuevos Horizontes”, que este título inaugura y que se apunta como destinado a una pronta consolidación y unos positivos resultados. Tampoco es desdeñable el hecho de que la serie se abra con un volumen dedicado a la poesía, y precisamente la romántica, dos categorías casi a contracorriente de los aires de posmodernidad que hoy soplan y ante los que se levanta la solidez de un volumen nada desdeñable; y no nos referimos

sólo a su tamaño físico. Por último, y no es lo menos valioso, la obra sabe abordar, desde planteamiento críticos y metodológicos no exentos de rigor y autoexigencia, la orientación a un público no limitado a la reducida esfera de los autoproclamados “especialistas”, atrincherados en demasiadas ocasiones en los reductos académicos, cuando no abiertamente escolásticos.

Todas estas dimensiones se articulan en torno al reto, sólo implícitamente formulado, de revisar y rebasar lo que la precisa introducción general de Bernd Dietz caracteriza como “la insana y absurda identificación entre romanticismo y poesía”, tópico no menos extendido entre la crítica y la historiografía supuestamente científicas que en el uso coloquial de ambos términos. Así pues, la primera empresa es la de delimitar, comenzando por la cronología, los límites del fenómeno histórico del romanticismo, lo que tampoco supone encerrar entre herméticos paréntesis temporales la enorme complejidad de un proceso histórico-cultural. La reunión de muestras de tan distintas procedencias y su sintaxis expositiva, entre la ordenación crítico-cronológica y la yuxtaposición, invita eficazmente al lector a recomponer la diversidad, sin reducirla a esquemas o patrones, y sobre todo a transitar por ella, disfrutando la lectura sin los condicionantes de un manual.

Las composiciones traducidas quedan agrupadas por literaturas nacionales, lo que obliga a establecer la delimitación de este concepto, que no se corresponde exactamente con el de la producción literaria de un estado (ahí están las muestras de poemas gallegos, separados de los catalanes), ni tan siquiera con la de una lengua (como prueba la separación entre letras gallegas y portuguesas o entre inglesas y norteamericanas). De ahí que de modo natural aparezca y se imponga el concepto de “tradiciones culturales”, que aparece como elemento crítico más o menos explícito en una parte significativa de las ajustadas introducciones parciales que acompañan a las respectivas traducciones. En este concepto, donde la unidad no anula la diversidad, se halla la base para las necesarias precisiones, tanto diacrónicas como ideológicas o estrictamente literarias, que es necesario introducir en ese rótulo demasiado ancho en ocasiones de “romanticismo”, labor en la que el muestrario que nos ocupa desempeña una labor fundamental, precisamente por basarse en su carácter de recopilación de textos y no de elaboración conceptual en demasiadas ocasiones apriorística. Como discursos permeables, las tradiciones culturales, tal como quedan reflejadas en los diferentes capítulos de esta antología, nos hablan de comunicaciones e influencias, de recuperaciones y rechazos, de modelos e imitaciones, de diálogo en definitiva, una comunicación que nos permite hablar de una “literatura occidental” en la que las diferencias son, con su elemento de enriquecimiento y singularidad, no una contradicción, sino

parte integrante de su propia esencia y uno de los principales factores de su vitalidad y vigencia.

Quizá en este punto es en el que quepa señalar el principal lunar de esta obra, si bien es el resultado inevitable de la propia coherencia de su planteamiento de base. Me refiero a la consecuencia de la decidida voluntad de conformar una "antología bilingüe", lo que ha dejado con toda lógica fuera la poesía escrita en castellano a ambos lados del Atlántico. En esta perspectiva, la obra cojea en una de sus facetas destacables: la de ofrecer un valioso panorama general de la poesía romántica europea y americana y la de iniciar el contraste y la valoración de sus respectivos componentes, ya que, a pesar de incorporar excesivos elementos de epigonismo, es difícil completar el panorama de la poesía romántica occidental sin contar con los empeños de Arjona o Quintana, la expresividad de Espronceda y la renovación desde sus propias premisas de Bécquer, sin contar con las aportaciones peculiares del romanticismo lírico hispanoamericano. La limitación es de índole menor, pues ningún lector entenderá esta omisión como un cuestionamiento de la calidad de estas obras para sumarse a la antología, en tanto que las ausencias precisamente son de los textos más conocidos y accesibles para el gran público, que no contaba, sin embargo, con una oferta editorial tan sintética y útil como la presente para todo lo referente a la poesía en lengua no española.

Ello nos devuelve al espacio de la traducción, otra de las facetas que destacan en la obra, y no sólo desde su planteamiento, ya que en líneas generales -no cabe hablar de otro modo al tratar de tan espinoso, debatido e irresoluble problema- se ofrece un modelo ejemplar de traducción. No es la menor de sus virtudes el compromiso por obtener una traducción en verso de los poemas originales y hacerlo con la suficiente flexibilidad como para que ninguno de los componentes de la escritura característica de la poesía -ritmo, rima, prosodia...- llegue a imponerse sobre los demás hasta asfixiarla y hacer que el verso ahogue a la poesía o llegue a distorsionar el sentido lírico del original. En este empeño los traductores no han partido de consignas o modelos uniformes, sino que, como exponen en muchos casos en su introducciones, han buscado el apoyo en lo que en cada caso constituye la esencia formal y tonal del texto traducido: su música, su entonación, su ritmo, su libertad o su rigor constructivo... El resultado son unas versiones que resultan legibles en todo caso, lo que no es poco, y que respetan el original, permitiendo al desconocedor de la lengua de origen participar con plenitud de sus frutos líricos. De otra parte, y aunque la diversidad de lenguas originales (diez) impide extender con conocimiento de causa esta valoración a todos los casos, es posible sostener la fidelidad apreciable en las traducciones, incluido en ella el hecho de que por ésta no se entienda la literalidad exacta -que puede llegar a constituir pecado

de lesa poesía—, sino la oportuna recreación en la nueva lengua del espíritu, los modos y la expresividad del original, lo que se consigue con carácter general en los textos recogidos.

Igualmente positiva es de considerar la flexibilidad en lo concerniente a los criterios de selección en cada caso. De acuerdo con la naturaleza del *corpus* antologado, cada selección se ha hecho atendiendo a criterios específicos, primando en algún caso la muestra relativamente amplia de autores y en otros una mayor singularidad, tomando como referente a veces el valor representativo de las composiciones y a veces su calidad estrictamente literaria. Así se manifiestan también los perfiles distintivos de cada tradición, sus matices reveladores: la intensidad simbólica del romanticismo alemán, la tonalidad singular de la lírica inglesa, la verbosidad desatada del verso francés, la sentimentalidad gallega, la dimensión social de los casos griego, catalán e italiano... En definitiva, se produce la conformación de un horizonte abierto, en el que se integran todos los colores pero con la armonía de una meditada composición y donde las figuras descollantes lo son, pero integradas en su entorno, como parte, si bien determinante en algunos casos, de un proceso histórico que, con distintos ritmos y una apreciable desincronización, vino a ocupar la práctica totalidad del siglo XIX, marcándolo con fuerza hasta la renovación que partió, con Rimbaud y Baudelaire, de su propio núcleo germinal.

Esta última observación nos lleva de la mano a una última pero no marginal consideración, que se impone tras la lectura de este amplio *corpus*, especialmente si no la hacemos guiados por criterios selectivos: tras esta masa de producción lírica, ¿cuál es la vigencia del romanticismo y su producción poética? ¿cuál es el diálogo de estos versos con nuestra realidad presente, nuestra sensibilidad, nuestras emociones y nuestra manera de entender y participar del arte verbal? Quizá sea en este último plano en el que percibimos una mayor distancia, un mayor peso de la temporalidad, aunque no es menos cierto que nuestra diferente concepción del poema respecto a su formulación romántica obedece a los cambios en el propio concepto de la poesía y del poeta, incluso en la propia noción de sujeto, lo que afecta por igual al lírico y a su lector. En tal sentido, la lectura de estos poemas deja en excesivas ocasiones un poso polvoriento entre los dedos y un regusto a algo perdido y apenas recordado, signo de nuestro propio tiempo pero también, y ésa es su grandeza y su debilidad, de la conciencia histórica del romanticismo y su apuesta por afirmar al nuevo individuo en esa dimensión. En ello sí somos herederos del romanticismo, formamos parte de su ciclo y asumimos la tensión resultante, una tensión con algo de edípico y, por tanto, con algo de trágico.

En cualquier caso, la presente antología lo que hace es poner ante nuestros ojos lectores esta realidad y permitirnos que se establezca con ella el diálogo

que, entre la distancia y la identificación –el espacio de la ficción–, caracteriza al lector moderno que se consolida en occidente con el romanticismo y los distintos círculos entrelazados de las revoluciones liberales y burguesas. En esa voluntad de diálogo es de esperar que siga avanzando la recién nacida colección y que haga efectivo su lema en la búsqueda de “nuevos horizontes” que siempre serán posibles en tanto permanezcamos en un sentido de la lectura como el que esta antología nos plantea.

PEDRO RUIZ PÉREZ

SCHOLEM, Gershom, *Las grandes tendencias de la mística judía*. Traducción de Beatriz Oberländer, Madrid: Ediciones Siruela, 1996, 476 págs.

Si afirmo que Gerhard (Gershom) Scholem (1897-1982) ha sido uno de los más preclaros investigadores que haya dado este siglo no temo equivocarme ni siquiera un ápice, y hasta quizás la tríada formada por el propio Scholem y sus íntimos amigos –judíos como él– Walter Benjamin y Shelomo Dov Goitein constituya uno de los ejes fundamentales para poder trazar la historia de la cultura de este siglo.

Scholem representa uno de los pilares de lo que se ha dado en llamar la nueva *Wissenschaft des Judentums* (‘la [nueva] Ciencia del Judaísmo’) cuyos cimientos no eran distintos a los de la primera: a saber, la práctica orgánica de escudriñar aquellos textos que resultaban pocos claros, utilizando para ello todo el arsenal de recursos que ofrecía un método filológico riguroso, pero que frente a aquella acabaría por descubrir otros y nuevos aspectos del judaísmo que ignoraba la ‘vieja *Wissenschaft*’. El gran hallazgo de Scholem consistió en ‘redescubrir’ las tendencias gnósticas y cabalísticas –tanto de pensamiento como de acción– que en todo momento estuvieron latentes desde el mismísimo período helenístico. Más aún, Scholem siempre demostró una activa y penetrante militancia (aunque bien es cierto que sin faltar al decoro) contra la ‘ciencia del judaísmo germano-judía’, cuya influencia llegó más allá de las propias fronteras alemanas: siempre disgustó a Scholem esa mezcla de pensamiento romántico alemán (nacionalista por los cuatro costados y no ciertamente compatible con el sionismo judío) y el carácter apologetico de aquellos investigadores judíos que se esforzaron sobremanera para mostrar tan solo aquella parte del judaísmo que agradaba a los gentiles, teniendo para ello que ocultar ese gran cuarto trastero (*genizâ*) que guarda la verdadera esencia del judaísmo a la vez antiguo y medieval: la visión de Scholem es única, supone una ‘revisión-valoración’ radical y total, plena, de todo ese pasado (legado) que cuanto más se acerca a nosotros resulta mucho más dramática, compleja y dolorosa que con respecto a tiempos anteriores. Por ello

no es casual que los dos grandes maestros que le precedieron en el estudio de la Cabalá fuesen dos cristianos alemanes, Johannes Reuchlin (s. XVI) y Joseph Franz Molitor (s. XIX).

Amén de los dos prólogos, a la primera (págs. 11-14) y la segunda edición (pág. 15) de 1941 y 1946 respectivamente, las dos notas del editor (a la tercera edición y la edición en rústica, de 1954 y 1960 respectivamente, pág. 15), unas aclaraciones sobre el sistema de transcripción (pág. 16) y la transliteración con los equivalentes fonéticos del alefato hebreo (pág. 17), la obra de Scholem esta estructurada en nueve secciones que se corresponden, con los textos debidamente revisados y considerablemente ampliados (a excepción del último), con las siete conferencias que impartiera en el año 1938 como profesor conferenciante en el *Jewish Institute of Religion* de Nueva York: seis de ellas impartidas en inglés y una (la quinta) en hebreo; las dos restantes (la segunda y la tercera) fueron pronunciadas en otras ocasiones al no poder ser incluidas en el programa original.

La primera conferencia (“Características generales del misticismo judío”, págs. 21-59) nos ofrece una lograda y precisa obra de ingeniería que constituye la base y el sustrato de todos los posteriores trabajos tanto de Scholem como del resto de estudiosos de la ‘mística judía’. La segunda conferencia (“El misticismo de la Merkabá y el gnosticismo judío”, págs. 61-100) trata de lleno el género de la *merkabâ*, el ciclo literario de las *hekalôt* y su relación con las corrientes puramente especulativas del gnosticismo judío. La tercera conferencia (“El *ḥasidismo* en la Alemania medieval”, págs. 101-140) nos presenta la evolución intelectual y mística de la judería alemana a través de los *ḥasidîm* y su tenaz estudio del Talmud a la luz de las paráfrasis exegéticas del egipcio Se‘adyâ ha-Ga’ôn, la teosofía y el neoplatonismo. La cuarta conferencia (“Abraham Abulafia y la doctrina de la Cabalá profética”, págs. 141-177) nos transporta a los círculos cabalísticos hispano-franceses, de neto carácter dualista, del siglo XIII y comienzos del XIV, cuyo valor -a nivel especulativo- para el desarrollo de la historia de la mística judía resulta indispensable. La quinta conferencia (“El Zóhar: I. El libro y su autor”, págs. 179-226) versa sobre los aspectos bio-bibliográficos —en concreto la historia del texto y las características específicas de su autor— del *Sefer ha-Zôhar* (‘El libro del Esplendor’), elaborado en Castilla a finales del siglo XIII y que marca sin duda el hito más importante —si exceptuamos la producción adscrita a los orígenes de esta producción literaria judía— de la mística del pueblo judío. La sexta conferencia (“El Zóhar: II. La doctrina teosófica del Zóhar”, págs. 227-268) nos desentraña la doctrina y modos de pensamiento (teosofía) con/por los que conocer y describir las formas y maneras ocultas de la acción divina a través de los continuos ‘vaivenes tipológicos’ (y sus consiguientes mecanismos de pensamiento) de las distintas muestras literarias que comprende el

género denominado 'Cabalá'. La séptima conferencia ('Yitsac Luria y su escuela', págs. 269-311) está dedicada al último movimiento religioso judío (el de Yiṣḥaq Luryâ y sus seguidores) que acabó por calar hondo en el seno de los distintos sectores del pueblo judío, a base de una interpretación mística del 'exilio' y la 'redención', los dos vectores místicos que apuntan hacia la divinidad mediante la reforma mesiánica. La penúltima conferencia ("Shabetaísmo y herejía mística", págs. 313-350) se centra en la 'nueva escuela de Safed' de la segunda mitad del siglo XVII en la que la 'armonía cósmica' da paso al mesianismo a través de sus más conspicuos representantes, Sabbetay Nebî y Natán de Gaza. La última conferencia ("El ḥasidismo: la última etapa", págs. 351-377) se detiene en esta última etapa del misticismo judío, representada por los ḥasidîm polacos y ucranianos de los siglos XVIII y XIX e instaurada por el santón místico Israel Ba'al Šem, y que ha generado un ingente caudal bibliográfico. El libro se completa con el aparato crítico (págs. 379-443), la bibliografía (págs. 445-459) y un índice analítico (págs. 461-476).

Estamos ante un clásico (en pulcra, cuidada y exquisita traducción de Beatriz Oberländer) por el que no ha pasado el tiempo (más de un lustro nos separa): no sólo aún no ha sido superado, sino que además los presupuestos, dispuestos con absoluta y total maestría por Scholem, siguen generando continuas vías e hipótesis de trabajo en las investigaciones contemporáneas. A todo este 'trazado de la mística judía' realizado por el autor hay que unir la perspicacia que caracteriza, define y arropa su espíritu analítico: no sólo airea y reestructura la historia y la religión judías, sino que abre la ventana a los continuos enigmas que pueblan la topografía de este inmenso campo de la mística judía a la que Scholem supo entender, situar y estudiar como nadie hasta ahora.

JUAN PEDRO MONFERRER SALA

YABRA IBRAHIM, Yabra, *El primer pozo. Capítulos de una autobiografía*. Traducido del árabe por María Luz Comendador y Luis Miguel Cañada, Madrid: ediciones del oriente y del mediterráneo, 1998, 316 págs. (Colección 'memorias del mediterráneo', nº 5).

Aún resuenan en mis oídos las voces de los personajes, y por mi mente no cesan de correr las imágenes con las que acompañé, página a página, línea a línea, palabra a palabra, las distintas secuencias que su autor recrea a lo largo del libro ¡Y cuánto tiempo había pasado desde que disfrutara realmente con la lectura de un libro! El 'panorama letrístico' de occidente (salvo alguna excepción) ya me tenía desde hacía bastante tiempo cansado: la excesiva ten-

sión narrativa (fruto, ¡cómo no!, de la voraz política del marquetin editorial), los aburridísimos y demagógicos brochazos ideológicos, hijos de un resfriado mal curado como consecuencia del excesivo poder ejercido por la 'filosofía institucionalizada' procedente de los círculos de la pseudointelectualidad activa, que desde comienzos de este siglo, sobre todo, ha campado por el mundo de la Literatura, acabando por seducirla, domeñarla y violarla, pero sin ofrecer (o muy poco, en todo caso) a cambio goce alguno.

No es que pretendamos sostener que una obra (pongamos por caso una novela, que es lo que aquí nos ha traído) deba estar desprovista de eso que la 'progresía cultural' de los últimos cuarenta años ha venido denominando como 'ideología'. No, no es eso. De lo que se trata, en todo caso, es de reivindicar la esencia propia de lo narrado: dicho de otro modo, que el 'sustrato ideológico' en el que naufrage el autor, o sus mismas miserias cotidianas no acaben por anular la naturaleza misma del hecho narrado. En el caso de que eso sea lo que busque el lector, basta con acudir a los seriales político-intelectuales que sirven los distintos medios de formación de masas a diario.

¡Que hable el personaje por su propia boca! Eso es lo que yo venía pidiendo desde tiempo atrás. No me interesaba el autor, el título tampoco, menos aún la procedencia geográfica, y nada su ideología. Que personaje(s) y naturaleza, y los hechos también, fueran capaces de apoderarse del verbo con que les oprime el autor y así crear el proyecto (¿no es eso, acaso, lo que también significa *logos*?) que hiciese andar a la narración. Esa es la verdadera revolución que aún les resta hacer a los novelistas: que dejen de hablar por boca de otros (generalmente los que conforman la 'tradición del aparato político-cultural') para permitir que la narración esté viva y no yerma, muerta de antemano.

En cierto modo eso es lo que me he ido encontrando, a retazos, por entre las páginas de esta excelente novela autobiográfica, en la que el autor (y he ahí la paradoja, y no filosófica por cierto) se deja hablar a sí mismo en todo momento: no escribe lo que va a pasar, no, son los mismos acontecimientos los que le desbordan continuamente, lo que le permite al personaje (él mismo) trazar su propio itinerario. El personaje se yergue por encima del narrador, eliminando esa supradimensión que acaba por caracterizar a la mayoría de las novelas y los relatos con que nos vienen fustigando la mayoría de escritores.

Interesado, en un primer momento, en 'contarnos' sus diecinueve primeros años, Yabra Ibrahim Yabra acaba por contentarse con llegar hasta los doce, cuando se traslada con toda la familia a Jerusalén, en 1932.

Lo realmente interesante del relato es que a nuestro autor no le interesa la historia de esos años cruciales en Palestina (donde el tufo sionista centroeuropeo ya apestaba con intensidad), ni tampoco los de su propia familia: lo que

realmente le interesa a él, al personaje claro, que se hace dueño de la situación desde los primeros renglones, es la propia y exclusiva vivencia del individuo como elemento del entorno que le rodea. La técnica empleada para ello es una de las propias del género autobiográfico, aquella de tipo lineal a base de expansiones circulares que van conformando los distintos tramos narrativos. La diversidad de las expansiones se suceden de forma y manera vertiginosa, viéndose a su vez enriquecidas por múltiples situaciones transicionales y descriptivas: las distintas casas por las que va pasando; la ciudad de Belén; la escuela greco-ortodoxa; la enfermedad de la madre; el titirimundi; la Semana de Pasión, la Cuaresma y la Pascua de Resurrección; los ritos y las iglesias de Belén; la emigración, la pobreza y la I Guerra Mundial con las desastrosas consecuencias que trajo para toda Palestina; el mercado de los sábados; el Covento de nuestro Padre San Antón; el cine; los botines; los zingaros y el circo; las historias de Naom; el terremoto habido en Jerusalén y la venida del Patriarca Elías III; la primera visita a Jerusalén; la historia del hermitaño Málík; su hermano Yúsuf; el ingreso en la "Escuela Nacional de Belén"; los primeros contactos con la poesía; la enfermedad del padre; la visita a Herodion; los libros y la literatura y, finalmente, el traslado definitivo a Jerusalén, su ingreso en la "Escuela Rashidía" y la muerte de su hermana Susán a los nueve años de edad.

Todo ello aparece sabia y exquisitamente hilado donde la sencillez, la ternura y el amor a la palabra (la del personaje siempre) cobra fuerza y vigor a medida que las planas se van sucediendo y superponiéndose unas a otras. Todo en esta novela bulle desde el interior mismo del personaje y la naturaleza fundidos en un mismo y único elemento, la palabra. El tiempo es un presente eterno, nada va y vuelve, nada está ausente, al futuro apenas si se le alude (en un par de ocasiones y como una suerte de nostalgia prospectiva) todo está presente, la acción depende en todo momento del personaje, nunca del autor: éste debe dejarse llevar, siempre y en todo momento, por el surco trazado por aquél.

Pero cumple, además y aunque sólo sea de soslayo, decir algo del autor y de los traductores al español. Nacido en Belén en 1920 y fallecido en Bagdad en 1994 -ciudad que ni la soberbia ni la estulticia del decadente espíritu americano (verdadera y única religión de éstos, cuyo catecismo es su exportada *American way of life*), le hizo abandonar- es hijo de una familia ortodoxa de rito siríaco que, además de como novelista, destaca sobre todo como ensayista, y también como poeta, pintor y traductor de Shakespeare, entre otros autores, al árabe. Sus estudios iniciados en Belén y proseguidos en Jerusalén fueron continuados en Cambridge y Harvard gracias a una beca concedida por el "Colegio Árabe" de Jerusalén. Como escritor, este palestino destaca por la

finura y la esbeltez de estilo no sólo a nivel narrativo sino en la poesía también, todo ello adobado con una alta dosis de formación académica y personal en el mundo literario.

De los traductores, y por aquello de la objetividad (cosa esta última que no alcanzo a saber qué demonios es), yo no debería decir nada porque ambos son amigos míos, pero algó diré desafiando a las rancias normas del academicismo normativo. A nadie deberá extrañar que afirme (y ello sin echar ni una sola ojeada al texto árabe, que por otro lado no tengo a mano) que la traducción es excelente, yo diría que soberbia y esplendente. La elección del léxico en español resulta exquisito y delicado, la sintaxis fluye con delicadeza, ritmo y tersura, las frases hechas, las traducciones de sobrenombres, topónimos y antropónimos (un solo caso cambiaría en estos últimos: en lugar de Luis Shaiju, yo hubiera vertido como Luis Cheijo, que es como está sobrada y bien adaptado desde hace años, aunque esto es minucia y además criticable a ciertos niveles) hacen que el texto gane en elegancia y brillo y donde el nivel de lengua aparece en todo momento perfectamente adaptado en español. No encuentro más calificativos para decir de forma más clara y con voz más alta que la traducción de María Luz Comendador y Luis Miguel Cañadas es apabullante, digna de figurar entre las mejores traducciones hechas al español; no en vano, y a este respecto, me avala el que su traducción de esa otra magnífica novela autobiográfica de Abderrahman Munif, *Memoria de una ciudad*, fuera propuesta para el 'Premio Nacional de Traducción' el año 1996.

No quiero ni puedo decir más, esperando que quien esto lea se atreva a abrir la puerta de este libro y se adentre en su interior, disfrutando como yo lo he hecho, aprendiendo como lo he hecho yo. Sólo me resta dar la enhorabuena a los dos traductores, deseando que sigan vertiendo al español todas aquellas obras de la literatura árabe que en sus manos logren encallar, y extenderla a Gonzalo Fernández Parrilla, director de la colección 'memorias del mediterráneo', por su tesón y empuje en la misma, así como a la labor traductora de los otros miembros colaboradores en los volúmenes de esta misma colección.

JUAN PEDRO MONFERRER SALA

ZAFZAF, Muhammad, *La mujer y la rosa* (título original: *al-Mar'a wa-l-warda*). Traducción de B. Molina Rueda y Z. Louassini, Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional (Colección "Autores Árabes Contemporáneos", núm. 20), 1997, 127 págs.

Muhammad Zafzaf es posiblemente, si no el escritor más revolucionario del panorama literario marroquí de las últimas décadas, sí al menos uno de los

que mayor grado de innovación han aportado a las nuevas tendencias de la novela árabe occidental. Precisamente fue a través de esta *Al-mar'a wa-l-warda*, cuando Zafzaf dio a conocer, allá por el año 1972 y desde Beirut, una renovada concepción de la narrativa árabe proclive al compromiso social e intelectual con el medio en que se desenvolvía la realidad magrebí circundante, e impregnada por las modernas formas de expresión de la novelística europea occidental. La influencia de Occidente queda materializada en algunos clichés y técnicas narrativas utilizadas, especialmente en lo que afecta a los pasajes dialogados, las descripciones fragmentarias –en el polo opuesto de la tradicional retórica árabe– y un cierto regusto por lo íntimo que rezuman las largas pausas en las que el protagonista desvela ante el lector sus más secretos pensamientos. Esta misma tendencia, aunque no es exclusiva del autor, continuó siendo impulsada en posteriores novelas suyas, como *Qubūr tahta al-mā'* (“Tumbas sobre el mar”, 1978), o, más recientemente, *Al-Ḥayy al-jalī* (“La vida por detrás”, 1992).

Sin embargo, hay que decir que *La mujer y la rosa* no es una novela de denuncia social, y mucho menos un reflejo del realismo circundante de una época. Más bien supone un intento de plasmar el intento de evasión del hombre –representado en un emigrante ilegal marroquí– en busca de la libertad; una libertad que, con matices y desde un evidente enfoque crítico, desemboca en escape hacia el “espejismo” de Occidente y que, aunque hoy pueda resultar paradójico, desarrolla Zafzaf –a su manera– en la Costa del Sol de los años setenta, bajo un franquismo ya muy desleído, en una España cada vez más próxima a Europa y, consecuentemente, más distante del mundo africano situado al otro lado del Estrecho.

La trama argumental, sustancialmente simple, narra las vivencias del joven Muhammad, que, huyendo de la pobreza, abandona Marruecos para instalarse de forma clandestina en un lugar de la costa malagueña. Allí conoce a otros dos muchachos europeos, Georges y Alain, que participan de su misma situación marginal, aunque no de su actitud vital, que en el marroquí, sintiéndose inferior desde el punto racial y socio-económico, aparece más reflexiva y volcada al interior que en sus camaradas. Amor, sexo, droga y una delincuencia forzada por la falta de recursos son los ingredientes que salpican la historia que se nos narra, siendo el amor –ya intuido en el título– el eje principal de la misma: un amor (*la Mujer*) reflejado en la imagen de Suze, la exhuberante danesa con quien Muhammad comparte una efímera aventura, y que reaviva hasta el final el ansia vital del norteafricano por alcanzar la meta de una libertad (*la Rosa*) que, aunque en el trasfondo narrativo se presente ajena a consideraciones dialécticas, no es otra que la que, con sus imperfecciones, evoca la realidad socio-económica occidental frente a la marroquí del momento.

Subyace en algunos pasajes de la novela, además, una eclosión de intimismo que no debe pasarse por alto y que el mismo autor se esfuerza en no reprimir, tal vez con la intención de ir atrapando al lector en una paulatina complicidad con el personaje, que va afianzándose conforme avanzan las páginas. Igualmente, hay que destacar la presencia de determinadas alusiones oníricas (destaca el largo pasaje del juicio, págs. 101-113) y otros efectos estilísticos, como las referencias reiteradas al apareamiento de las hormigas en el césped, metamorfosis de innegable evocación kafkiana. Es en algunas de ellas donde posiblemente el autor, si no en la forma sí al menos en el fondo, más cerca se halle de la tradición árabe, especialmente la cuentística, que él mismo ya trató como experiencia literaria con anterioridad.

Es posible, también, detectar en esta obra de Zafzaf un cierto componente autobiográfico, aunque no se trate en realidad de una autobiografía *stricto sensu*. Prueba de ello son, entre otros síntomas, el nombre del protagonista —Muhammad, como el del propio autor—, la denuncia más o menos encubierta de la realidad social marroquí que subyace en la historia —muy a tono con la trayectoria vital del escritor—, el eje narrativo en primera persona, así como algunos otros efectos más recónditos que tal vez guarden relación con vivencias y recuerdos de su paso por suelo español.

Ya que se trata de una novela traducida, habría que decir algo sobre su ejecución, que ha corrido a cargo de Beatriz Molina y Zouhir Louassini, ambos estudiosos de la literatura marroquí contemporánea, quienes, a pesar de la dificultad del registro lingüístico del original, han puesto su técnica y su alma al servicio de esta obra, logrando un texto bien adaptado y fácil de leer. Prueba de ello es que, cuando el lector se ha adentrado un poco en el primer capítulo, olvida fácilmente que se trata de un libro inicialmente escrito en lengua árabe.

Y ¿qué decir cara al lector de habla hispana, destinatario a la postre de esta publicación? Podría pensarse que la primera traducción castellana de *La mujer y la rosa* ha de brindar al público español la posibilidad de identificarse con el paisaje por el que discurre la historia, incrementando, además, su complicidad con las vivencias y sentimientos del protagonista. Sin embargo, la ubicación de la trama argumental en la Costa del Sol es lo de menos, ya que el autor parece haber buscado un lugar concreto con la única intención de expresar mejor el salto hacia la realidad occidental, dada su condición de lugar turístico geográficamente próximo a Marruecos. Además, el paisaje circundante, a excepción de la playa, carece de entidad propia, quedando desdibujado y carente de apariencia, cuya única misión es la de servir de mero escenario argumental.

No obstante, resulta posible entrever cómo, tal vez sin proponérselo inicialmente, lo que sí proporciona Zafraf al público en general, y al español especialmente, es la posibilidad de cruzar a la ribera opuesta del Estrecho sin moverse de Europa, aunque tal traslado virtual nada tenga que ver con lo exótico, sino mucho más con la captación de actitudes de comprensión y una posible complicidad hacia las bolsas marginales de emigrantes que nos circundan, cuya permanencia entre nosotros viene dada por la búsqueda incesante de la libertad desde esa otra orilla abrupta e implacable: la de la clandestinidad y el desarraigo.

RAFAEL PINILLA MELGUIZO

